

Presentación

En cierta ocasión, me reenviaron un tuit de un estudiante que había encontrado en las redes sociales el medio idóneo para expresar su opinión sobre la filosofía. «Me pregunto *porque* la filosofía es obligatoria», escribió. El contexto de otros mensajes que había publicado dejaba ver su intención: lamentar que se le hiciese pasar por una asignatura a la que no encontraba interés ni aplicación práctica alguna. Sin embargo, víctima de una mala pasada de la ortografía, acabó tuiteando un aforismo brillante que ya hubiesen querido para sí los valedores más abnegados de la filosofía.

Esta especie de haiku involuntariamente concebido daba que pensar. Querer decir algo y acabar escribiendo justamente lo contrario aparecía como el epítome de las dificultades de comprensión y de expresión de varias generaciones nacidas ya en la era digital. Integrados en un sistema educativo convertido en campo de batalla de ideologías y de líneas pedagógicas dudosas, muchos jóvenes culminan la formación académica media sin poder comprender del todo un texto de cierta complejidad e incapaces de expresar correctamente por escrito lo que han leído. En relación con estas dificultades, el tuit invitaba a reflexionar sobre el lugar de la filosofía en la lista de inquietudes de la sociedad actual; asimismo, que el pretendido lamento con forma final de elogio se hiciese viral en las redes sociales, brindaba la oportunidad de indagar de qué modo influyen los usos y costumbres digitales en la lectura y en la escritura y, ante todo, en las perspectivas de futuro de la filosofía misma bajo las leyes de ese mundo digital.

Anudando estas cuestiones, el propósito del libro es mostrar que, como producto intelectual con una larga tradición a sus espaldas y con protocolos de trabajo bien definidos, la filosofía está entrando en un rincón en penumbra. Es una disciplina dependiente en gran medida de hábitos sólidos de lectura y de escritura. La experiencia docente me indica que estos se están debilitando a una velocidad lo suficientemente rápida como para haber podido constatar en poco tiempo su desplome; un declive del que el uso intensivo de la tecnología es en parte responsable. Cuando la capacidad de leer y de comprender textos de diverso tipo merma, la enseñanza y el aprendizaje de la filosofía encuentran cada vez más obstáculos. A muchos bachilleres les cuesta entender el fondo de un artículo de un suplemento dominical. Con estas carencias, no es probable que se vayan a interesar por textos literariamente elaborados ni por los del canon filosófico occidental; si los hábitos lectores y reflexivos no se robustecen en la etapa formativa, es improbable que estos jóvenes se conviertan espontáneamente en amantes del pensamiento; y sin lectores experimentados y bregados en la reflexión sobre los textos, el futuro de la filosofía es tan previsible como el de un equipo de fútbol sin cantera ni campo para entrenar. El incómodo rincón de pensar, como ese al que mandan a los niños díscolos, será el reducto de un pequeño grupo de pensadores con un número de seguidores cada vez más escaso.

A las circunstancias que permiten hablar de este futuro está dedicada la segunda parte, la principal y más extensa. En ella se abordan los cambios de los modos de leer, escribir y pensar que presagian ese inseguro porvenir; como telón de fondo, aparece frecuentemente la situación de la educación y su deterioro por ahora imparable. Este tiene múltiples causas: una es haber desoído

las enseñanzas y advertencias que grandes autores llevan siglos haciendo. Se han ignorado a menudo como antiguallas que nada aportan al presente. Sin embargo, constituyen un bagaje estimable y, con la pertinente actualización, son aprovechables para intentar enderezar el rumbo de los acontecimientos.

Desde esta convicción, en la primera parte se reivindican enseñanzas y avisos de los clásicos: de Platón aprendemos lo exigente que puede llegar a ser la actividad intelectual; de Descartes, que el momento de la decepción no siempre es eludible en el aprendizaje; de Hume, la importancia de las buenas maneras; de Kant, que el juego no puede ser el criterio que dirija todo el proceso de enseñanza; de Hannah Arendt, los peligros que hay que sortear para no agravar los problemas educativos, etc.

Esta primera parte consta de capítulos independientes. Cada uno aborda un tema que no presupone el anterior ni anticipa el siguiente, aunque todos comparten un aire de familia. Cabe leerlos de manera salteada, dependiendo de los intereses en cada caso. Los de la segunda parte, en cambio, guardan mayor relación entre sí. Unos llevan a otros y conviene leerlos en el orden en el que aparecen.

No he rehuído el tono crítico, de preocupación y de protesta por el inquietante arrinconamiento del pensamiento. No soy especialmente optimista sobre la pervivencia de la reflexión filosófica ni sobre la vigencia de los valores imprescindibles para que cualquier ciudadano afronte con aplomo los desafíos intelectuales y existenciales del siglo XXI; aun así, me resisto a caer en el catastrofismo. Estamos en una situación que aún se puede revertir, y para ello contamos con algunos aliados: jóvenes extraordinarios que no se reconocerán en todo lo que aquí se puede leer sobre su generación: Daniel, Verónica, Carlos,

Patricia... los tengo por héroes contemporáneos que conservan la curiosidad y el entusiasmo por el conocimiento en un ambiente adverso; merecen algo mejor de lo que se les está ofreciendo. Me han venido a menudo a la mente cuando escribía; también he pensado en Miryam, que me animó desde la primera página.

Salamanca
Primavera de 2020